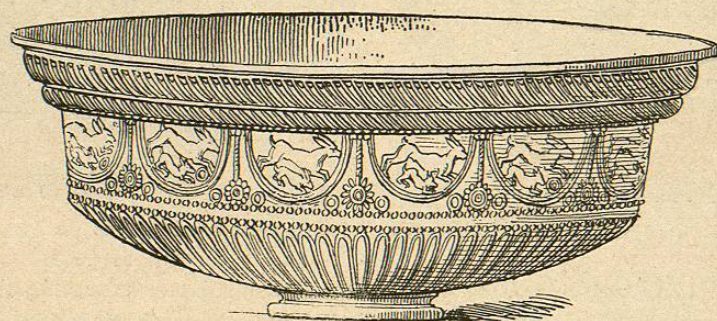


la ciudadela de los tiempos feudales existe un abismo en el que se ha sepultado toda una sociedad.

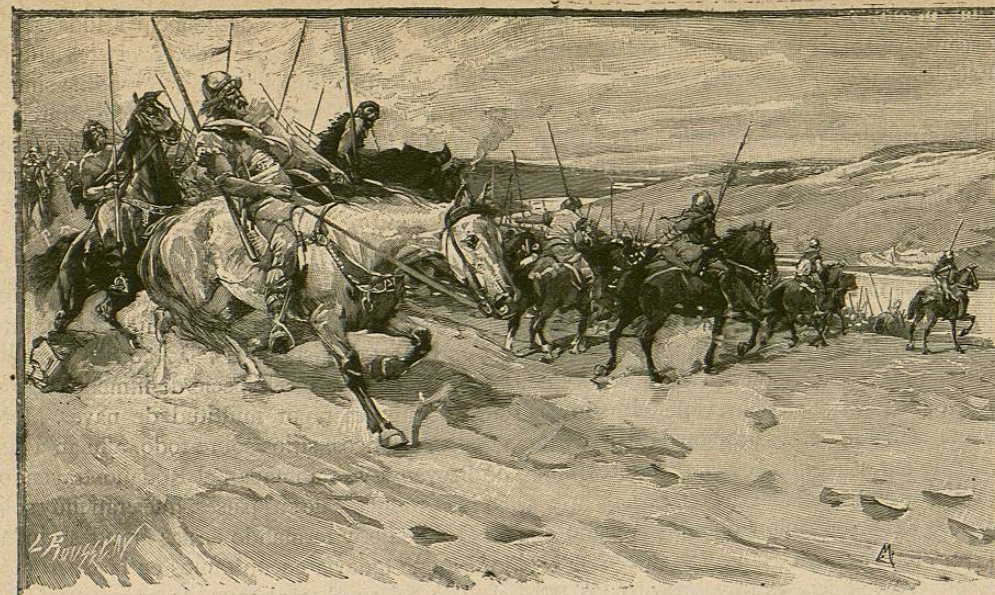
Y sin embargo, ya empieza á asomar ese castillo feudal cuya sombra pesará durante tantos siglos sobre nuestros campos. Las primeras invasiones y los bagaudios habían dejado un sentimiento de inseguridad alimentado por las perpetuas alarmas del bandolerismo que siempre retoñaba. La paz romana se había concluido; todo el mundo lo había comprendido así más ó menos claramente, y cada cual, unos antes, otros después, tomaba sus precauciones contra los ataques imprevistos. La *villa* se transformaba, como se habían transformado las ciudades desde los tiempos de Aure-

liano y Diocleciano, y en la colina sobre la cual se alzaba rodeábase de una muralla. La hermosa residencia de Poncio Leoncio, junto á Burdeos, se nos presenta cercada de muros y de torres, capaz de resistir un sitio (1): es el *burgus Pontii Leontii*, la fortaleza de Leoncio, y sin duda no es la única que en aquella época puede desde ahora adoptar ese nombre de guerra. De suerte que por todas partes y desde todos los puntos de vista multiplicanse los síntomas que anuncian el fin de un gran período y el advenimiento de una sociedad nueva.

(1) Sidonio Apolinario, *Carmina*, XXII.



Taza de barro cocido de la fábrica de Lutecia



Invasión de la Galia por los Francos

EL CRISTIANISMO, LOS BARBAROS.—MEROVINGIOS Y CARLOVINGIOS

POR C. BAYET, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE LYÓN

C. PFISTER, DE LA ESCUELA NORMAL SUPERIOR, Y A. KLEINCLAUSZ, DE LA UNIVERSIDAD DE DIJÓN

LIBRO PRIMERO

EL CRISTIANISMO Y LOS GERMANOS EN LA GALIA

CAPITULO PRIMERO

LA EVANGELIZACIÓN DE LA GALIA (1)

I. La Iglesia de Lyon y sus mártires.—II. Las misiones del siglo III y la situación del cristianismo en la Galia á principios del siglo IV.—III. San Martín.—IV. La sociedad pagana y la cristiana.—V. El episcopado en los siglos IV y V.—VI. Las luchas teológicas.—VII. El clero.—VIII. Los monjes.—IX. El culto y los fieles.—X. El cristianismo y el Imperio.

I.—La Iglesia de Lyon y sus mártires

La introducción y los progresos del cristianismo, la llegada y el establecimiento de los bárbaros inauguran un nuevo período para la Galia; entonces comienzan los tiempos que denominamos la Edad media.

(1) FUENTES.—Eusebio, *Histoire ecclésiastique*, libro V. Gregorio de Tours (edición Arndt-Krusch), *Historia Francorum*, libro I, capítulos 29 y siguientes; X, 31, 37; *De gloria confessorum*, *De gloria martyrum*. Ruinart, *Acta martyrum sincera*, 1689. Sulpicio Severo (edición Halm), *Chronica*, *Vita S. Martini*, *Dialogi*. Obras de Ireneo, de Paulino de Nola en la *Patrologia latina* de Migne. Le Blant, *Inscriptions chrétiennes de la Gaule antérieures au VIII^e siècle*, 1856 y 1892. *Codex Theodosianus*, libro XVI. Delisle, *Anciens catalogues des évêques des églises de France* en la *Histoire littéraire de la France* de los Benedictinos,

Primeramente se manifiesta el cristianismo, y se manifiesta por medio de una acción profunda: cierto que no predicó la rebelión contra los emperadores, ni sublevó á los esclavos contra los amos, y que sus doctores no enseñaron una revolución política ni una revolución social; pero, incompatible por sus principios con la so-

continuada por la Academia de las Inscripciones, tomo XXIX.—Los demás documentos, de menos valor, están indicados en Molinier, *Les sources de l'histoire de France*, tomo I, 1902, págs. 19 y siguientes.

OBRAS DE CONSULTA.—Le Nain de Tillemont, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles*, 1693-1712. Renan, *Histoire des origines du Christianisme*, tomo VII, *Marc Aurèle*, 1882. Allard, *Histoire des persécutions dans l'empire romain*, 5 volúmenes, nueva edición, 1894-1903. Beugnot, *Histoire de la destruction du paganisme en Occident*, 1835. Schultze, *Geschichte des Untergangs des griechisch-römischen Heidentums*, 1887. Le Blant, *Les actes des Martyrs, supplément à Dom Ruinart*, 1890. Hirschfeld, *Zur Geschichte des Christentums in Lugdunum vor Constantin*, 1895. Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, tomo I, segunda edición, 1898. Boissier, *La fin du paganisme*, 1891. Harnack, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den drei ersten Jahrhunderten*, 1902.—Los trabajos más importantes sobre los orígenes cristianos de la Galia son los de Duchesne, *Catalogues épiscopaux de la province de Tours*, 1890; *Mémoire sur l'origine des diocèses épiscopaux dans l'ancienne Gaule*, 1890; *Fastes épiscopaux de l'ancienne Gaule*, 1894 y 1900.

ciudad antigua, precipitó la ruina de la misma. Aquella sociedad descansaba sobre la unión íntima de la religión y del Estado, siendo sus sacerdotes magistrados y culto oficial su culto y llegando los emperadores á ser dioses; para los cristianos, por el contrario, las instituciones políticas y las religiosas son distintas, no pudiendo la Iglesia monoteísta estar de acuerdo con el Estado politeísta. De aquí una lucha fatal que se agrava y se exaspera á medida que el cristianismo se hace más poderoso y que el Estado se siente amenazado de mayores peligros. En vano protestan los cristianos de su respeto á las leyes; la simple profesión del nombre cristiano es un crimen que se castiga. Las persecuciones que en ocasiones repetidas estallan con violencia son las más de las veces actos de defensa racional de parte del Estado, así es que hasta los mismos emperadores bondadosos y humanos no vacilan en decretarlas.

La historia de la propagación del cristianismo es oscura; por lo que toca á la Galia en particular, los documentos son escasos é inseguros. Absorbidos por las pruebas presentes á que se les sometía y por la esperanza próxima de otro mundo, los cristianos no se cuidaban de registrar los destinos de sus nacientes comunidades y á lo sumo se preocupaban de conservar los relatos de sus sufrimientos y del valor de sus mártires, relatos que consisten ora en las actas oficiales de los interrogatorios de las cuales se procuraban una copia, ora en narraciones escritas por testigos oculares ó según datos por éstos proporcionados. Pero estas «actas de los mártires» no se han conservado en su forma primitiva, sino que muchas desaparecieron durante las últimas persecuciones, y otras fueron retocadas, á partir del siglo IV, por escritores cuyo celo imprudente quiso adornarlas con nuevos detalles edificantes y con flores retóricas; por esta razón nos encontramos hoy con documentos ni totalmente verdaderos ni enteramente falsos, en los cuales es difícil distinguir la leyenda de la historia.

La piedad de los hombres de la Edad media no se contentó con estas primeras alteraciones. En la Galia, menos que en otras partes, el catolicismo triunfante no se resignó á ignorar los orígenes de las diócesis episcopales cuyos jefes tan considerable influencia ejercían sobre la misma sociedad política, y el silencio de los documentos fué suplido con la imaginación, como de ello son testimonio en el siglo IV ciertos escritos de Gregorio de Tours. Produjose entonces entre las ciudades de la Galia una especie de competencia de amor propio, y fueron muchas las iglesias que pretendieron remontarse á los primeros siglos del cristianismo, llegando á creer que muchos personajes del Nuevo Testamento, Lázaro, Marta, María Magdalena, Dionisio el Areopagita y Crescencio, habían estado en la Galia, y haciendo contemporáneos y discípulos de los apóstoles á los más antiguos obispos de algunas ciudades cuyos nombres se conocían sin que se supiera con certeza cuándo habían vivido. De modo que la historia de nuestros orígenes cristianos aparece recargada de santos apócrifos y de ficciones novelescas (1).

(1) Muy vivas han sido las controversias sobre este particular sostenidas durante el pasado siglo; la historia de las mismas puede verse en Houtin, *La controverse de l'apostolicité des églises de France au XIX^e siècle*, 1901. Respecto del origen de ciertas le-

estas leyendas eran desconocidas todavía en el siglo IV, y uno de los más célebres autores galo-romanos de aquel tiempo, Sulpicio Severo, escribía simplemente en su crónica: «Durante el reinado de Marco Aurelio desencadenóse la quinta persecución, viéndose entonces por vez primera mártires en la Galia, porque la religión de Dios fué tardíamente recibida allende los Alpes (2).»

Desde el Oriente griego introdujose en la Galia el cristianismo. Las relaciones entre las más apartadas regiones del Imperio eran frecuentes; los caminos, bien conservados, hacían fáciles las comunicaciones, y el Mediterráneo era una especie de inmenso lago romano surcado sin cesar por multitud de naves. Mercaderes griegos, asiáticos, sirios sobre todo, aflúan á las costas de Provenza y remontaban el Ródano trayendo consigo los productos de sus países, que eran muy solicitados en Occidente, y formando en las grandes ciudades colonias que todavía encontramos en la Edad media. En el siglo I ó en el II, algunos de estos extranjeros, procedentes de las regiones en donde prosperaban las iglesias fundadas por San Pablo y por sus colaboradores, introdujeron seguramente el cristianismo; así lo atestigua, á falta de historiadores, la epigrafía, pues algunas de las más antiguas inscripciones cristianas de la Galia han sido encontradas en Provenza, y aun mucho tiempo después conservóse el uso de la lengua griega en los epitafios de los fieles. La nueva fe se propagó de ciudad en ciudad; en la segunda mitad del siglo II existen en Vienne y en Lyon comunidades cristianas; y en una carta dirigida á «sus hermanos de Asia y de Frigia,» «los servidores del Cristo establecidos en Vienne y en Lyon» relataron la tormenta que hubieron de sufrir durante el reinado de Marco Aurelio. Este documento auténtico es el más precioso y más antiguo de cuantos se refieren á la historia del cristianismo en la Galia.

La misma remisión de aquella carta atestigua que entre las comunidades cristianas del valle del Ródano y las iglesias de Asia las relaciones eran estrechas, como lo fueron en otro tiempo entre las colonias griegas y sus metrópolis. Por otra parte, sabido es que algunos mártires eran oriundos de Oriente: el obispo Pothin era asiático; Attale, de Pérgamo, y el médico Alejandro, frigio. Los adeptos de la nueva fe pertenecen á todas las clases sociales, lo cual se explica porque aquella respondía á las más diversas aspiraciones: los espíritus elevados encontraban en ella una satisfacción á esa necesidad de creer de que muchos se sentían entonces atormentados y que no bastaban á satisfacer ni las ceremo-

yendas, véanse Duchesne, *La légende de sainte Marie Madeleine, saint Martial de Limoges*, «Annales du Midi», 1892-1893; De Manteyer, *Les légendes saintes de Provence*, «Mélanges d'histoire et d'archéologie de l'Ecole de Rome», 1897; Dom Morin, *Saint Lazare et saint Maximin*, 1897, en las «Mémoires de la Société des Antiquaires de France.» La tesis de la apostolicidad de ciertas iglesias de la Galia aparece desde el siglo V y en el VI la vemos formulada en los escritos hagiográficos de Gregorio de Tours, en contradicción con sus escritos históricos; pero siempre encontró adversarios durante la Edad media. Todavía en el siglo XIII Guiberto de Nogent se indignaba con «esos cuentos pueriles dignos de las orejas de los boyeros.»

(2) *Chronica*, II, 32 (edición Halm), pág. 86. Este texto ha sido muy comentado, pero es imposible negarle un valor real.

nias del culto oficial ni las enseñanzas de la filosofía; y los desheredados, los pobres, los esclavos, recibían del cristianismo un consuelo para sus miserias, la idea de la igualdad moral y la esperanza de un mundo mejor. Por esto en Vienne y en Lyon había entre los cristianos personajes nobles como Vettius Epagathus y pobres sirvientes como Blandina, y estos fieles de tan diferente origen formaban pequeñas comunidades, se llamaban «hermanos,» denominación que no era una palabra vana porque unos á otros se ayudaban, asistiendo á los pobres, á las viudas, á los huérfanos, animados de un espíritu de caridad que no podían menos de admirar sus propios adversarios; se congregaban para entonar cánticos en alabanza de Dios, y celebraban modestos banquetes, *agapes*, nombre que significa afecto y que indicaba los sentimientos mutuos de los que en ellos tomaban parte.

La comunidad de Lyon debía existir ya desde algún tiempo antes de su aparición histórica (1). Tal vez fué su primer centro el barrio comercial de Ainay, situado entonces en las islas de la confluencia del Ródano y del Saona y en donde se celebraba una feria famosa en el mes de agosto, cuando la asamblea que se verificaba en Lyon reunía en torno del altar de Roma y de Augusto á los delegados de los pueblos de la Galia. El vulgo era hostil á los cristianos porque éstos se aislaban del mundo y condenaban las fiestas paganas, y sabido es que el pueblo acusa de buen grado á los que no se asocian á su existencia y á sus placeres. El misterio de que se rodeaban les hacía sospechosos y se decía de ellos que adoraban á un personaje con cabeza de asno y que en sus reuniones degollaban á un niño, devoraban sus carnes y se entregaban á abominables excesos. Algunas de estas calumnias tenían tal vez su origen en los relatos bíblicos y evangélicos desnaturalizados, tales como el sacrificio de Isaac ó la Cena, y el vulgo las acogía con avidez.

Hacia fines del reinado de Marco Aurelio, en 177, exasperáronse estos odios bajo la influencia de calamidades públicas de las que se hacía responsables á los cristianos, de la misma manera que más tarde, durante la Edad media, se acusó en tiempo de epidemia á los judíos ó á los leprosos de que envenenaban los pozos y las fuentes. Además, Lyon era una capital religiosa y las grandes fiestas paganas que en ella se celebraban proporcionaban á los habitantes lucro y placeres; ahora bien, los cristianos, apartándose del culto oficial, comprometían el honor y la prosperidad de la ciudad y de aquí que se comenzara por prohibirles la asistencia á los baños públicos y al Foro y que luego se les insultara por las calles, se les apedreara y se les robaran los bienes. Llegó un día en que algunos fueron arrestados y conducidos al Foro, que ocupaba el sitio en donde hoy se levanta Fourviere, por el tribuno y los magistrados de la ciudad á quienes rodeaba una muchedumbre inmensa. Sometidos á interrogatorio, confesaron ser cristianos; mas como los magistrados lyoneses no tenían derecho de vida y muerte, fué preciso esperar el regreso del legado imperial que gobernaba la provincia. Así comenzaban con frecuencia las persecuciones contra los cris-

(1) Respecto de Lyon en aquella época véase el presente tomo, págs. 180 y siguientes.

tianos. Algunos emperadores humanitarios y moderados, como en general lo fueron los del siglo II, después de haber prohibido el cristianismo repugnaban proceder á una aplicación rigurosa de la ley, siendo también muchos los gobernadores de provincias que profesaban iguales sentimientos; pero la plebe tomaba la iniciativa y se presentaba en el pretorio arrastrando á algunos desdichados á quienes ya había maltratado, embriagada por el mismo estrépito de sus clamores, y el magistrado, ante la amenaza de un motín, veíase obligado, á veces á pesar suyo, á instruir un proceso.

Regresó el legado imperial cuyo nombre se ignora y comenzaron los interrogatorios, que eran terribles si el que los dirigía tenía un carácter violento, puesto que podía emplear la cuestión de tormento y las torturas contra quienes no poseyeran el título de ciudadanos romanos. El legado de Lyon mostróse, á lo que parece, duro y cruel desde un principio. Los fieles que no habían sido detenidos estaban allí, en el pretorio, en las primeras filas de la muchedumbre, siguiendo ansiosos el proceso de sus hermanos; de pronto, el joven Vettius Epagathus, perteneciente á la aristocracia lyonesa, se adelanta al tribunal y solicita defender á los acusados, oyendo lo cual estallan los clamores, pues la intervención de un noble lyonés en favor de los reos parece un escándalo. «¿Eres cristiano?» le pregunta el legado; «Lo soy,» responde Vettius con acento firme, y en seguida le ponen preso. De manera que el simple hecho de declararse cristiano bastaba para que sobre quien tal hiciera cayese el peso de la ley (2).

Después de cada interrogatorio los acusados eran conducidos nuevamente á la cárcel, aumentando de día en día su número gracias á nuevas é incesantes detenciones. También eran detenidos algunos de sus esclavos que no se habían adherido al cristianismo, y por medio de los tormentos se les obligaba á relatar las monstruosas y sanguinarias orgías de cuya celebración se acusaba á los fieles. Los prisioneros sufrían además otras angustias, y ya diez de ellos habían cedido ante tales sufrimientos: ¿soportarían los restantes hasta el fin las violencias de la tortura, de la amenaza de una muerte próxima? Los cristianos consideraban el martirio como una prueba gloriosa, pero temible, que no podía afrontarse sin una preparación, y Tertuliano, en algunos de sus tratados, fija reglas para aguerrir el cuerpo y hacerlo semi insensible á los suplicios. La rabia de la plebe, de los soldados, del legado, aumentaba contra aquellos que daban ejemplo de más firme valor, como Sanctus, diácono de la iglesia de Vienne, Maturus, todavía neófito, Atalo de Pérgamo y una humilde criada, Blandina. El magistrado que interrogó á Sanctus preguntóle cuáles eran su

(2) Así se desprende de los textos de Justino, *Apología*, I, 4, y Tertuliano, *Ad naciones*, 2, 3; de la carta de Plinio á Trajano, I, X, 96, 97, y de diversos textos de actas de mártires. Este punto ha sido, sin embargo, discutido: Le Blant, *Notes sur les bases juridiques des poursuites contre les chrétiens*, «Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions», 1866; *Recherches sur l'accusation de magie portée contre les premiers chrétiens*, «Mémoires de la Société des Antiquaires de France», 1869; *Les actes des martyrs*, 1882, pág. 41. Estoy convencido, con Duchesne, *Origines chrétiennes*, pág. 115 y siguientes, y con Momsen, *Der Religionsfrevel nach römischem Recht*, «Historische Zeitschrift» de Sybel, 1890, de que desde el siglo II los cristianos eran perseguidos como tales cristianos.

patria y su ciudad natal y si era de condición libre ó servil: «Soy cristiano,» respondió Sanctus, indicando con ello que el título de cristiano reemplazaba para él la patria, la familia, en una palabra, todo. El legado mandó aplicar sobre los miembros del mártir planchas de bronce calentadas al rojo que abrasaron sus carnes, pero Sanctus no cedía, antes bien, sumido en la embriaguez de los goces celestiales, creía ver salir de los costados de Cristo un manantial de agua viva que le refrigeraba y fortalecía. Cuando lo condujeron de nuevo á la cárcel, todo su cuerpo era una llaga. Algunos días después aquella carne sanguinolenta y tumefacta fué sometida á nuevas torturas, acariciando sus verdugos la esperanza de que su alma flaquearía; pero atormentado por nuevos dolores, Sanctus pareció recobrar su vigor á fin de seguir luchando.

No menos valerosa fué Blandina: era ésta muy joven y delicada, y su señora, cristiana como ella, y todos los demás fieles temblaban de pensar que podía desfallecer; «pero el Cristo, escriben los autores de la carta, quiso demostrar que se complace en glorificar á los que son humildes, viles, despreciados por los hombres,» y Blandina fatigó á los verdugos que de la mañana á la noche se relevaban para infligirle toda clase de torturas y que se confesaron vencidos y admirados de que resistiera tanto aquel cuerpo endeble, lleno de llagas, que debiera haber sucumbido á uno solo de aquellos suplicios. Blandina, sin embargo, «como un generoso atleta,» repetía para animarse y consolarse en la lucha: «Soy cristiana y nada malo hacemos.» El heroísmo de la joven sirviente de Lyon era, como se ha observado acertadamente, la rehabilitación moral del esclavo.

Una de las últimas detenciones fué la del propio jefe de la comunidad, el obispo Potino, que contaba más de noventa años. «Estaba achacoso y sólo parecía vivo porque respiraba; pero cuando lo llevaron al tribunal, sintióse fortalecido por el deseo del martirio que se aproximaba, y aquel cuerpo, agotado por la vejez y por la enfermedad, pareció reanimarse á fin de servir al triunfo del Cristo.» Habiéndole preguntado el legado cuál era el Dios de los cristianos, respondióle: «Ya lo conocerás, si de ello eres digno;» al oír estas palabras los que están cerca de él le golpean con los pies y con los puños, y otros, más apartados, le arrojan lo que hallan á mano. Cuando le volvieron á la obscura é infecta cárcel en donde eran encerrados los cristianos, apenas respiraba; dos días después fallecía.

La instrucción del proceso había terminado y los presos sabían que no debían esperar sino la muerte; pero desde el fondo de su calabozo, desprendidos ya de la tierra, se arrobaban en las visiones de un mundo mejor. El legado, á fin de exponer á los ojos de la plebe sus últimos sufrimientos y su muerte, decidió que fuesen arrojados á las fieras en el anfiteatro construido cerca de Fourviere, cuyo recinto se ha descubierto recientemente (1); Maturus, Sanctus, Attalo de Pérgamo y Blandina desfilaron, pues, por el circo. Delante de Attalo iba un hombre con un cartel que decía: «Este es Attalo el cristiano;» pero habiéndose enterado el legado de

(1) Vachez, *L'amphitheatre de Lugdunum et les martyrs d'Alinay*, 1887. Bazin, *L'amphitheatre de Lugdunum*, «Revue archéologique», 1887. Allmer y Dissart, *Inscriptions antiques du Musée de Lyon*, tomo II, 1889, págs. 297 y siguientes.

que era ciudadano romano, título que confería al sentenciado el privilegio de no ser sometido á otro suplicio que la decapitación, mandó que lo condujeran otra vez á la cárcel. Maturus y Sanctus, después de haber sido expuestos á las dentelladas de las fieras, fueron colocados en una silla de hierro calentada al rojo, y en vista de que á pesar de todas estas torturas todavía vivían, se les degolló. En el entretanto, Blandina permanecía atada á un poste: los fieles al contemplarla pensaban en el Cristo crucificado, y habiéndola respetado las fieras, presenciaron la muerte de sus compañeros y fué luego restituida á su prisión.

El legado, antes de proceder á nuevas ejecuciones, consultó al emperador Marco Aurelio, el cual le contestó que era preciso decapitar á los que se declararan cristianos y poner en libertad á los que renegaran. Estas instrucciones fueron cumplidas con exceso: el legado mandó cortar la cabeza á los que eran ciudadanos romanos, destinando á los demás al anfiteatro, en donde se reanudaron los sanguinarios espectáculos en 1.º de agosto, es decir, cuando las fiestas de Roma y de Augusto habían atraído á Lyon gran número de forasteros, sin duda por el deseo de propagar por toda la Galia el odio al nombre cristiano. Los más jóvenes y los más débiles fueron reservados para el final, obligándoseles á presenciar los sufrimientos de sus hermanos á fin de hacer flaquear sus almas: Blandina y un adolescente de quince años, Póntico, hubieron de soportar esta prueba, y cuando, llegado el último día, se les intimó para que sacrificaran á los dioses, negáronse á ello. Estaban solos en medio del circo, y el populacho, á quien no conmovían ni su edad ni su debilidad, profería contra ellos gritos de muerte. Blandina, temerosa de que su compañero desfalleciera, no se apartó de su lado y le confortó haciéndole soportar los tormentos; y cuando Póntico hubo muerto, rebotando de alegría por la proximidad de su fin, corrió espontáneamente al suplicio. Destrozado el cuerpo á fuerza de azotes, expuesta á las fieras, encerrada en una red y entregada á un toro que la lanzó al aire, nada sentía ya, «conversaba con el Cristo,» por lo que fué preciso degollarla. «Los mismos paganos, dice el narrador, confesaban no haber visto jamás entre ellos una mujer que soportara tan crueles dolores.»

La persecución de las víctimas se extendió más allá de la muerte; en efecto, los paganos, sabiendo que el dogma de la resurrección comunicaba á los fieles ese valor para resistir los suplicios y creyendo que aterrorizarían á los vivos si destruían los cuerpos de las víctimas, con lo que éstas, según pensaban, no podrían resucitar, quemaron sus cadáveres y arrojaron las cenizas al Ródano. Entre los paganos, los más compasivos decían con conmiseración: «¿Qué socorro les da Dios? ¿De qué les ha servido esa religión que han preferido á la propia existencia?» Según una tradición que se refería en el siglo VI, las cenizas de los mártires fueron salvadas y los fieles, advertidos de ello por una visión, pudieron darles sepultura.

La Iglesia de Lyon, que logró resistir á la tormenta contra ella desencadenada, tuvo entonces por jefe al sacerdote Ireneo, oriundo de Oriente, como Potino, y discípulo del célebre Policarpo, obispo de Esmirna. Muy pronto fué conocido en todo el mundo cristiano

por su ciencia y su caridad, y la grande obra (1) en que atacó las herejías que en su tiempo pululaban es uno de los más antiguos monumentos de la teología cristiana. Estas herejías habían nacido en Oriente á consecuencia de la mezcla de la filosofía pagana, que estaba en decadencia, y de las ideas cristianas, y se propagaron á Occidente. Con ellas la moral hallábase tan amenazada como el dogma, pues ciertos heresiarcas eran favorables al desorden de las costumbres, y otros, aunque predicaban un rigorismo exagerado, combatían al mismo tiempo la autoridad de los obispos y sacerdotes y reivindicaban los derechos de la inspiración personal, del profetismo. El matrimonio y la propiedad individual eran condenados, y estas doctrinas que concedían gran papel al iluminismo y al éxtasis, seducían al vulgo, y especialmente á las mujeres. Conocidas en la Galia ya en tiempo de Marco Aurelio, tal vez ejercieron alguna influencia entre los mártires de Lyon. Ireneo se lamenta de que en la región del Ródano un gran número de mujeres hayan sido engañadas por estos errores: algunas, dice, han reconocido su falta y hacen penitencia; otras, en cambio, que no se atreven á confesarla, desesperan de Dios. El obispo de Lyon fué considerado como «la luz de las Galias y del Occidente,» título que le da un escritor eclesiástico del siglo V; y gracias á la firmeza y moderación de su carácter pacífico la Iglesia cuando cierto debate amenazaba perturbarla por completo. Las comunidades cristianas no tenían entonces regla uniforme para la fijación de la Pascua, y habiendo el obispo de Roma, Víctor, querido imponer la costumbre de su iglesia, los obispos de Asia protestaron violentamente. Para vencer su oposición, Víctor les declaró separados de la unidad de la Iglesia y entonces Ireneo intervino en la contienda «en nombre de los hermanos á quienes dirigía en Galia,» recordando á Víctor las reglas de la caridad y el respeto á las tradiciones. A pesar de esto, él es el primer escritor cuyo testimonio en favor de la primacía de la Iglesia de Roma puede invocarse: en un pasaje citado con frecuencia declara que la Iglesia fundada por «los gloriosos apóstolos Pedro y Pablo» está en primera fila entre todas y que á ella deben unirse todos los fieles porque mejor que ninguna otra conserva la tradición apostólica.

¿Murió mártir Ireneo? Los relatos de su muerte están mezclados con demasiadas leyendas ó inexactitudes para que podamos aceptarlos con entera confianza. Durante el siglo III, el nombre de Lyon no reaparece ya en la historia de las persecuciones y los destinos de su comunidad, por un momento iluminados por tan viva luz, escapan á nuestro conocimiento.

A fines del siglo II y principios del III existían acá y allá, diseminados en el resto de la Galia, otros grupos de fieles: Ireneo habla, bien que en términos vagos, de las iglesias fundadas en las provincias romanas de Germania y en la Céltica; la existencia de una comunidad cristiana en Autún no admite duda, pues se sabe que un joven de noble estirpe, llamado Sinfiriano, fué de-

(1) Estaba escrita en griego, pero, salvo algunos fragmentos, sólo conocemos de ella una traducción latina: Migne, *Patrologia graeca*, tomo VII. La teología de Ireneo ha sido objeto de numerosos trabajos acerca de los cuales no debemos insistir en este lugar.

capitado por haberse negado á practicar actos de idolatría con ocasión de las fiestas celebradas en honor de Cibele. Además se ha encontrado en aquella ciudad una inscripción redactada en griego, impregnada de ese simbolismo místico, de origen oriental, que veía en la imagen del pez la imagen misma del Cristo (2):

«Oh raza divina del pez celeste, recibe con un corazón lleno de respeto, la vida inmortal entre los mortales; rejuvenece tu alma, oh amigo mío, en las aguas divinas por las eternas olas de la sabiduría que da los tesoros. Recibe el alimento, dulce como la miel, del salvador de los santos; toma, come y bebe teniendo á Ichtus en tus manos. Ichtus, dame la gracia que ardientemente deseo, maestro y salvador; Aschandiús, padre mío, tú á quien quiero con mi tierna madre y todos mis parientes, en la paz de Ichtus acuérdate de tu hijo Pretorio.»

II.—Las misiones del siglo III y la situación del Cristianismo en la Galia á principios del siglo IV

Escribe Gregorio de Tours que durante el reinado de Decio, siete hombres, después de haber sido ordenados obispos, fueron enviados á predicar la fe en la Galia, según lo refiere la pasión de San Saturnino... He aquí sus nombres: Gatiano, á Tours; Trofino, á Arlés; Paulo, á Narbona; Saturnino, á Tolosa; Dionisio, á París; Austremonio, al país de los arvernios; y Marcial, á Limoges. En otro pasaje indica que esta misión había salido de Roma.

Gregorio de Tours no da acerca de muchos de estos obispos datos concretos: menciona la decapitación de San Dionisio (3) y refiere que Saturnino, atado á las patas de un toro furioso, fué precipitado desde lo alto del Capitolio de Tolosa; en cuanto á Gatiano, uno de sus predecesores en el obispado de Tours, habla de él más extensamente y hasta señala como fecha de su venida el primer año del reinado de Decio, relatando que á veces tenía que esconderse para sustraerse á los ataques de los «poderosos» que le colmaban de injurias, y que celebraba secretamente los domingos el oficio divino en las criptas. «Así vivió en Tours cincuenta años, según se dice, muriendo tranquilamente y siendo enterrado en el cementerio del barrio cristiano. Después de él, la sede episcopal estuvo vacante durante treinta y siete años.» Un discípulo de estos obispos, Ursino, fundó, al parecer, la iglesia de Bourges, reclutando sus adeptos entre los pobres; un personaje ilustre, Leocadio, que pertenecía á la familia de uno de los mártires de Lyon, Vettius Epagathus, abrió su casa á los fieles para hacer de ella un templo. Todo cuanto concierne á esta evangelización del siglo III es, sin embargo, singularmente obscuro y el testimonio de Gregorio de Tours no tiene un valor cronológicamente exacto, así es que si bien se sabe con certeza que existían varios obispados en Provenza, Arlés, Marsella, Vaisón, Niza, Orange y Apt, en cambio nada se conoce con seguridad de cuanto se refiere á la Aquitania antes

(2) Las primeras letras de las palabras Ἰησοῦς Χριστός Θεοῦ υἱὸς σαρῆρ, «Jesu Cristo hijo de Dios, Salvador,» forman la palabra Ἰχθύς, que significa pez.

(3) Respecto de la tan discutida leyenda de San Dionisio, véase, en último término, J. Havet, *Les origines de Saint-Denis*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1890, pág. 25 y siguientes.